

Cuando Enrique se decidió á saltar el muro que formaba uno de los lados de la calle Leroux, sabía ya perfectamente que del otro lado del mismo podría dejarse caer con suma facilidad en una terraza que rodeaba longitudinalmente el parque del hotel del marqués Trogoff de Kerbiroët.

Conocía tal particularidad, no por haberla visto, sino porque de ello habíase hablado alguna vez en casa de la vizcondesa de Aubinesco. Y como la terraza se hallaba á un nivel bastante más elevado que el de la calle, el descenso resultó en realidad facilísimo para Enrique, y hasta cómodo si se quiere, puesto que apenas tuvo necesidad de dar un salto de algunos centímetros.

La rápida ojeada investigadora que dió desde aquel sitio en torno suyo, bastó para hacerse cargo de la topografía del parque, débilmente iluminado por la luz indecisa del alba naciente.

A la derecha se continuaba la tapia en línea recta, interrumpida á una distancia como de cincuenta metros en un sitio en donde se cortaba, formando ángulo obtuso para volver en dirección oblicua hacia el edificio del palacio bordeando la calle Pergolèse. A la izquierda aparecían las cuerdas, cocheras, lavadero, etc., como prote-

gidas por una parte de la terraza, y de frente, tras los bosquecillos, las masas de césped, las platabandas y el limpio cristal del estanque.

Al lado opuesto de la inmensa estufa que servía de jardín de invierno y comunicaba con el gran salón, alzabase la enorme y blanca silueta de la residencia verdaderamente regia del marqués de Kerbiroët.

Corpo-Santo se dirigió hacia la izquierda creyendo recordar haber oído decir en casa de la de Aubinesco que por aquel lado se hallaba la entrada de las cavas y cocinas.

Andaba despacio, sin apresurarse, sin ahogar el ruido de sus pasos, con la misma calma que si se paseara en su propiedad pidiendo al aire puro de la mañana un poco de bienestar para los cansados pulmones.

¿A qué precipitarse? Sabíase solo en aquel palacio, al abrigo de miradas indiscretas, dueño absoluto, por el momento al menos, de cuanto en el mismo se contenía. ¿Para qué ocultarse, si nadie podía verle?

Prosiguiendo tranquilo su camino pensaba en la suerte extraordinaria que le había favorecido en las últimas horas.

Por casualidad hubo de enterarse en casa de la de Aubinesco, de que el marqués y el doctor debían efectuar un viaje; por casualidad, en el baile, pudo oír cómo la vizcondesa deseaba conocer el secreto del tesoro de la Misericordia. Ya había renunciado á él el conde, habíalo ya casi olvidado, y he aquí que de nuevo se hablaba del mismo en su presencia. ¿Cómo, cómo oír el relato por Amy prometido á su gran amiga? La casualidad interviene de nuevo, y le hace saber que la historia se continuará en el restaurant Baratte. En éste, el azar dispone que haya sólo tres gabinetes vacantes, toma Enrique el de enmedio, y casualmente es el único desde el cual podía enterarse del sitio en que dormía el tesoro del que él llamaba su abuelo.

Alegre como niño con zapatos nuevos por la protección que la suerte le dispensaba, y en las más felices disposiciones de ánimo, llegó Enrique á la puerta de la cocina y sacando del bolsillo una ganzúa fué para él cosa de pocos segundos franquearse la entrada.

— Hasta en esto tengo suerte, — pensó viendo relucir

las cacerolas y objetos de cobre. — La luz del día va á alumbrarme, evitándome andar de aquí para allá con una linterna ó una lámpara cualquiera, cosa siempre de peligro en una casa donde no hay nadie y donde sin embargo no es posible andar á tientas... Busquemos el cuarto del marqués.

Atravesó la cocina, un cuarto destinado á lencería y dos ó tres habitaciones más reservadas sin duda á la servidumbre, y llegó enseguida al pie de una escalera de caracol.

— La escalera de servicio; — pensó. — Por aquí debe subir y bajar el ayuda de cámara para ir al cuarto de su amo... Lo mismo puedo hacer yo, sin comprometer mi reputación, puesto que nadie me ve...

Llegado al primer piso encontróse en un corredor obscuro que debía rodear exteriormente la caja de la escalera principal, y comunicar con diferentes habitaciones, cuyas puertas tenían cristales en la parte superior para dar más luz al pasillo.

Con precauciones infinitas, aun cuando se sabía solo, abrió Corpo-Santo la puerta de una de aquellas habitaciones y al punto se dilataron sus narices aspirando con evidente sensualidad cierto perfume suave y discreto. Hallábase en un tocador, en el que todo aparecía en adorable desorden.

Un pequeño sofá abullonado desaparecía casi totalmente bajo los encajes de linda sobrefalda, mientras que allí cerca, junto al sofá, una minúscula capota adornada con jazmines, y un corsé de seda color de rosa, ocupando ambos brazos de una butaca, parecían entregados á interesantes é íntimas confidencias.

Corpo-Santo reconoció parte de la toaleta que Amy llevaba la antevíspera, en el greg de la vizcondesa de Aubinesco.

— ¡Hermosa y deseable muchacha! — murmuró. — Casi me gusta más que mi prometida Yvona. Pero debe tener un geniecito... ¡Bah, me encanta más!... ¡Y qué demonios llevaba esta noche en el cuello? No he podido verlo bien, pero era algo muy extraño...

Arrancóse de pronto á su contemplación y á sus recuerdos, añadiendo:

— La hora no es la más á propósito para divagar... ¡Como si no tuviera otra cosa que hacer!

La segunda puerta que abrió fué la del tocador de Edmée, y pasó por él sin detenerse. La hermana de Amy no le interesaba ni poco ni mucho.

Así fué atravesando sucesivamente un pequeño museo mineralógico, una biblioteca y un gabinete de trabajo, hasta que penetró por fin en el dormitorio del marqués.

El isócrono movimiento de un péndulo hirió en el acto sus oídos, y aquel rumor, apenas perceptible, fué sin embargo bastante para excitar un tanto sus nervios hasta entonces admirablemente calmos. Y es que desde muchos años atrás llevaba constante en sus oídos y aun en su cerebro, aquel tic-tac escuchado por él con horror en el decurso de una noche trágica, y el rumor del cual parecía redoblar en intensidad cada vez que se hallaba á punto de cometer alguna acción reprehensible.

Esta vez pudo cerciorarse, gracias á sus ojos, de que no era precisamente un ruido de algo recordado lo que resonaba en sus oídos. El péndulo estaba allí, moviéndose, desgranando en el silencio medroso sus notas ásperas y metálicas.

Desde la noche terrible en que arrastrado por furor inhumano cometiera Enrique su primer asesinato en la propia cámara mortuoria de su padre, jamás había sentido terror tan supersticioso como el que el movimiento del péndulo acababa de producirle.

Tenía miedo, sí, casi temblaba; era que le parecía ver levantarse frente á él espectros aborrecibles, y que se hallaba de nuevo en un sitio que creyó no ver jamás, en el teatro del más monstruoso de sus crímenes, en la habitación en fin en que matara á Malaquea Sabielo sobre el féretro de su padre.

Verdad es que no estaba allí el catafalco, ni la luz que alumbraba la habitación era la misma de la capilla ardiente; pero la imaginación del miserable veía más allá de lo que era dado ver á sus ojos, y se le antojaba estar contemplando los cirios volcados, el suelo de madera teñido en sangre, abierto, y él mismo asomado al borde del agujero para contemplar un espectáculo al

recuerdo del cual erizábanse aún sus cabellos, después de transcurridos diez y ocho años.

En cambio estaba en aquel cuarto el péndulo monumental, único sin duda en el mundo, el mismo que Enrique entreviera en circunstancias inolvidables, el que en vez de representar al tiempo segando implacable y eternamente en el vacío, representaba el no menos eterno conclave de los dioses de la India; Visnou, Civa y la diosa Lakshmé, el elefante Ganesa y su obligada escolta de genios y de demonios.

Allí estaba también, Enrique habría jurado que era el mismo, el espejo en el que el dedo rígido de la diosa hubo de mostrarle la descomposición de su rostro en la noche trágicamente célebre.

Allí estaba por último todo el mueblaje lujoso y original, todo el sárrago de figulinas y barro de arte, recuerdos de expediciones y de viajes, que adornaran un día la habitación de Sabielo. Y el mueble turco, el escritorio de los dos tableros pintados sobre esmalte, aparecía también allí, entre las dos ventanas, completando el aspecto que tuvo muchos años antes el cuarto del marido de la desdichada Malaquea.

Enrique miraba todo aquello no con curiosidad, sino con miedo, con admiración, con estupor.

— ¿Habré soñado? — balbuceaba. — ¿Será que todo aquello de que me acuerdo ó de que creo acordarme no ha sido más que una terrible pesadilla puesto que encuentro en París el cuarto que me pareció ver allá en Córcega, á orillas del Savaria?

Su mano, con movimiento convulsivo, separó un poco la mecha de cabellos que cubría su frente dejando ver una cicatriz profunda y blanquecina.

Viendo la marca reflejada en el espejo, no pudo hacer otra cosa que rendirse á la evidencia.

— ¿Seré estúpido? — murmuró. — Aquí está la prueba de que no he soñado... ¡Como si un sueño, por malo que sea, pudiese durar diez y ocho años!

Aproximóse en esto al mueble turco y lo examinó á conciencia, como si fuera aquella la primera vez que se encontrara frente al curioso escritorio. Reconocía en él las huellas de los golpes que hubo de darle mucho

tiempo antes cuando por primera vez intentara abrirlo, como iba á hacerlo ahora, con propósitos criminales.

Estaba cierto de que había de encontrar allí, en aquel mueble, cosecha enorme de dinero, y esta certidumbre, unida á la creencia de que se hallaba solo en el hotel fué causa de que se disiparan sus tristezas, terrores y remordimientos, y de que volviera á él el buen humor, la primera manifestación del cual fué saludar al mueble como se saluda á un antiguo conocido. Otra cosa motivaba su regocijo; la idea de que podría trabajar solo, sin lucha, sin efusión de sangre.

En honor á la verdad cumple decir que Enrique había nacido sin malicia, y poseía, aunque rudimentaria, una conciencia. Esta conciencia se acordaba con la partícula de corazón que el joven no pudo nunca matar en él y que se oponía á la ejecución de las infames sentencias que como justiciero y como paria dictara contra la humanidad en general y contra la mujer en particular.

En resumidas cuentas: cuando el odio feroz de Enrique pasaba de la teoría á la práctica traduciéndose en asesinatos era porque se creía en el caso de legítima defensa, como en sus luchas con Malaquea y con Alí-Akmet, ó porque la intermitencia de su cruel locura se adueñaba de su cerebro, y entonces sentíase tigre ávido de sangre y de víctimas, como hubo de sucederle con Julieta la Camarona y las otras muchachas alegres asesinadas por él.

Aquella mañana el hombre á quien llamaban Enrique de Corpo-Santo, Enrique á secas, el *americano* ó el *carnicero de mujeres*, según los círculos en que de él se hablaba, tenía una infinidad de poderosas razones para preferir la soledad á la compañía. Su pasión sanguinaria, que encontró un derivativo en el asesinato del Gran-Hotel, hallábase calmada; dormía su odio porque acababa de encontrar en la persona del indio Ben un instrumento dócil capaz de desembarazarle, de una vez para siempre, de cuantos obstáculos obstruían el camino de la existencia por él soñada: y por último, iba en fin á consagrarse por entero al transporte de la fortuna contenida en el mueble turco.

Casi seguro de la inutilidad de su maniobra, hizo girar

sobre sus goznes el tablero superior, cuya cerradura, aun sin recomponer, dejábalo expuesto á la curiosidad por lo menos de quien quisiera enterarse de su contenido. Este era nulo. No había en el interior otra cosa que los estantes, rotos. Sobre ellos echó Enrique una mirada rencorosa, recordando que diez y ocho años antes sólo había encontrado allí dentro unos treinta mil francos y el plano de cierto nido subterráneo del que hubo de escaparse el pájaro antes de que hasta él pudier allegar el joven.

De pronto su mirada hubo de fijarse en el tablero inferior, en el que se hallaba pintada la batalla de Tolbiac.

— Es extraño, — murmuró — que yo no me fijara en ese otro... La cruz de Constantino me deshumbró sin duda; veamos si Clodoveo quiere mostrármeme propicio.

Dicho esto, Corpo-Santo se arrodilló en la alfombra para examinar más de cerca y con menos molestia la parte inferior del mueble turco.

Era ya completamente de día. Sin embargo, Enrique, sin apresurarse, trataba de encontrar la cerradura secreta del segundo tablero procediendo en sus investigaciones con la misma tranquilidad con que buscaría un banquero, en su despacho, la combinación que le permite abrir su caja de caudales.

Una tras otra oprimió en diferentes sentidos todas las asperezas de la pintura, sondeó los huecos del marco, y examinó los detalles innúmeros de la ornamentación. Todo en vano.

— ¡Es particular! — exclamó al cabo de un momento. — La cosa va á resultar menos cómoda que para el otro tablero. Tanto más cuanto que aquí no hay cruz indicadora... Indudablemente existe un secreto, que por lo que voy viendo, lo es de verdad.

Por espacio de un buen rato continuó sus investigaciones. Empezaba á apoderarse de él la impaciencia. Las molduras de la madera resistían victoriosas á la presión sobre ellas ejercida, y la pintura sobre esmalte continuaba inmóvil por más de que ya más de una vez había él pesado con la rodilla en el centro del cuadro.

— ¡Lo que es como sólido, ni que fuera de mármol!

— dijo procurando contener la cólera que iba dominándole poco á poco.

Y como otras varias tentativas no produjeran el menor efecto, levantóse de pronto decidido á emplear medios heroicos.

— Haré ruido, — pensó; — pero ¿qué importa? No creo que me oigan desde la casa de la vizcondesa... ¡Ah, qué idea! sí, eso es, así mato dos pájaros de un tiro... Ese maldito péndulo que me pone nervioso con su tic-tac insoportable y con la sonrisita aun más insoportable de sus bonzos, va á servirme de maza...

Acercóse á la chimenea, y tomó con ambas manos aquel monumento de bronce sobredorado, que la ocupaba casi por entero. Tuvo una maldición para el péndulo, que pesaba más aún de lo que él se imaginara, y llegando con él ante el mueble turco lo lanzó, como proyectil de catapulta, contra el tablero que representaba la batalla de Tolbiac, del que se escapó un sonido semejante al que produciría un disparo en sitio cerrado, mientras que el conclave de dioses de la India dispersábase por el suelo con formidable estrépito de rota cristalería.

Enrique contempló el desastre con estupor profundo. Parecíale imposible que una plancha de esmalte hubiese podido resistir al choque de aquella mole, y su irritación aumentaba viendo que los dioses indios yacían disyectos por el suelo en posturas ridículas y parecía como si le mirasen aún, burlándose de él con sus ojuelos glaucos.

La fiebre del deseo, aumentada por aquella resistencia imprevista, iba invadiendo el cerebro de Enrique.

Al inclinarse de nuevo hubo de observar que el esmalte del casco de Clodoveo aparecía como aplastado por el choque, dejando al descubierto un botón metálico que Corpo-Santo empujó en todos sentidos, siempre con el mismo negativo resultado.

— Ni que fuera un blindaje! — gruñó entre dientes. — Un cañón Krupp perdería el tiempo ante esta fortaleza. Y que no hay duda, el tesoro se encuentra aquí, porque si no fuera así, no tendría este maldito mueble tan formidable coraza... Pero anda, que aun cuando el

diablo se ponga en contra mía, yo no renuncio á ver lo que tienes en el vientre... Ya me he estrellado contra tí dos veces; á la tercera va la vencida... ¡Ahora verás!...

Dió febrilmente varias vueltas en torno á la habitación, buscando por todas partes algo que pudiera servirle para intentar un nuevo ataque.

— ¡Ah, aquí tengo lo que necesito! — dijo deteniéndose ante un velador sobre el cual había una lámpara. — El fuego entra en todas partes... Ahora veremos si puedo ó no ver el alma de ese mueble, aun cuando para ello tenga que reducir á escombros el hotel entero.

Enrique estaba decidido á no retroceder ante ningún procedimiento para conocer el secreto del mueble turco. Sacó pues su pañuelo, y luego de empaparlo en el petróleo contenido en la lámpara lo arrojó encendido contra el tablero, dando la casualidad de que fuera á caer sobre la garra de quimera que formaba el pie derecho del mueble.

Llenóse de humo la habitación. Alocado, deseando terminar cuanto antes, Enrique de Corpo-Santo dió un golpe en el sitio donde cayera el pañuelo encendido para que éste se corriera un poco más allá, suponiendo que el fuego no podía atacar al bronce; iba á repetirlo, cuando se detuvo de pronto, asombrado. La garra de quimera, como miembro lesionado que busca un abrigo acababa de separarse de la bola que le servía de apoyo y había subido á favor de un resorte sin duda, hacia el interior del mueble.

— Esto es ya otra cosa; — pensó Enrique — ahora parece que el misterio se aclara... Pero ¿qué hacer? Ante todo apagar el fuego que podría hacerse peligroso; después, ya veremos.

Sin darse siquiera cuenta de los movimientos que practicaba de un modo instintivo, Enrique, sosteniéndose en el mueble, hubo de apoyar la rodilla derecha en el botón descubierto por el casco de Clodoveo mientras que su pie izquierdo oprimía la bola de cobre. Oyóse entonces un ruido metálico en el interior del mueble, desapareciendo al punto el tablero de Tolbiac, y quedando al descubierto el fondo, con gran sorpresa de En-

rique, quien no acertaba á explicarse cómo había podido producirse lo que á él se le antojaba un milagro.

Nuestros lectores se lo explican, pues recuerdan sin duda que era el calor elemento necesario para hacer funcionar el secreto de la cerradura.

Otra vez la casualidad habíase puesto al servicio del conde de Corpo-Santo. El mueble estaba por fin abierto. En él esperaba encontrar el temerario Enrique una riqueza fabulosa, fantástica, á juzgar por las palabras de Amy, y á creer en sus propios recuerdos; pero cuando desaparecido al fin el cuadro, la luz, reflejada por un espejo, penetró en el interior del mueble, el cuello del conde se alargó, mientras se abría enorme la boca; un espasmo contrajo todo su cuerpo, y del pecho, oprimido como si sobre él pesara una losa de plomo, dejó escapar hondísimo suspiro. Estaba materialmente fascinado, aplastado, ebrio; ebrio de alegría, de sorpresa, de emoción hondísima en presencia de lo que apareció ante sus ojos, aun cuando lo que viera no podía fascinarle como le fascinaron en otro tiempo los esplendores apenas entrevistos en las galerías subterráneas de la pequeña ciudad corsa.

El fondo del mueble, y el espesor del muro ahuecado como el queso de la fábula que daba asilo al ratón goloso, no contenían en efecto nada ó casi nada de joyante y deslumbrador. No había allí ni montaña de piedras preciosas ni toneles llenos de monedas de oro; apenas si unos cuantos miles de brillantes tapizaban las paredes del santuario donde reinaba despótico el papel-moneda, genuino representante del becerro de oro, por la posesión del cual son capaces de vender el alma millares y aun millones de sectarios. Allí estaba el tesoro frío, sin brillo, sin resplandores, el verdadero tesoro moderno que no procrea, que no se reproduce. Tapizando el fondo del escondite, y sin duda ocupando profundidades ocultas á la vista, había allí millares de paquetes de papeles superpuestos, arreglados y etiquetados como los que ocupan las anaquelarias de los notarios.

Aquella fría y seria exposición era lo que deslumbraba al conde. Este había reconocido desde el primer momento los sedosos billetes del Banco, y su cerebro,

poseído de vértigo pugnaba en vano por calcular, aproximadamente, el incalculable valor de aquella muralla de papel.

Tras un momento de muda contemplación, impulsado por un éxtasis que comenzó agradable y que iba tornándose penoso, dióse cuenta Enrique de que estaba á cuatro patas, recordó el sitio en que se encontraba, hizo un esfuerzo por sacudir la torpeza que lo invadía y aun quiso reírse de su embriaguez...

— Parece mentira — balbucó — que la vista del vino me haga perder la cabeza como á un simple bebedor de agua. Y es que la bebida esa es nueva para mí... habré de acostumbrarme á ella. No es voluntad lo que me falta, no; como que me parece que ya estoy mejor... Sí, sí mucho mejor... Buena idea la de haber reducido á su más simple expresión ese tesoro que ocupaba la nave de una catedral... Lo que no me explico es que no hayan pensado en hacerlo producir. Enterrar un capital tan enorme es una prodigalidad ruinosa... Aunque no; han hecho bien de no diseminar mi herencia ¡qué demonio!... Pero ¿cómo me las arreglo yo ahora para llevarme todo eso?

Gateó Enrique hacia el interior del mueble é hizo caer dos ó tres pilas de paquetes, empujándolos luego hacia la habitación.

— Procedamos por orden; — decía retirándose de espaldas — y comencemos por colocar éstos, antes de derrumbar los demás.

Así diciendo, desabotonó la parte alta de su camisa, que iba á servirle de saco, y se disponía á recibir allí los paquetes sin contar, cuando su vista hubo de fijarse por casualidad en la viñeta del primer paquete.

— ¡Cinco mil soberanos de Austria! — murmuró emocionado. — A treinta y cuatro francos cada soberano, el paquetito no deja de tener su valor, me parece.

Los billetes del segundo paquete también llevaban la cifra cinco mil, pero eran imperiales rusos. El tercero contenía billetes alemanes de cinco mil doppelkrones y el cuarto billetes ingleses de mil quinientas libras esterlinas.

Aquellas cifras enormes sorprendieron á Enrique, quien maquinalmente se puso á contar los billetes, cal-

culando al mismo tiempo el total de las sumas. Había cincuenta billetes ingleses, ciento cincuenta alemanes, setenta rusos y cien austriacos. Con todos ellos podía hacerse un volumen de regular tamaño y de un valor de setenta millones en moneda francesa.

Hecho el rápido recuento, los cuatro mazos de billetes desaparecieron dentro de la camisa del conde, quien se inclinó de nuevo con ánimo de reintegrarse á la mina.

Pero ¡cosa extraña! apenas en posesión de la fortuna de que acaba de hacerse mérito, sintió que el aplomo que le sostuviera hasta entonces comenzaba á abandonarle. Embargábale la indefinible angustia de los banqueros que creen sus fondos en peligro. Preciso es convenir en que, por lo que respecta á Enrique, sus temores eran tanto más fundados y razonables cuanto que para creerse seguro de la posesión de la fortuna érale aún necesario salir de aquel palacio sin ser visto de nadie, y entrar en su domicilio.

El lo sabía, se daba cuenta de ello, y sin embargo continuaba allí sin moverse, porque esperaba robar más: proponíase llevárselo todo.

— Acabemos de una vez; — murmuró arrojando una mirada de cólera á la ancha ventana en cuyos cristales comenzaba ya á juguetear un rayo de sol tímido de Primavera. — Bastante tiempo he perdido ya. Si me detengo mucho no podré salir de aquí sin que me vean los paseantes madrugadores... ¡Nada, nada, á la obra!

En el preciso momento en que se encorvaba de nuevo para pasar otra vez por el hueco dejado al abrirse por el segundo cuadro del mueble turco, el rumor producido por una puerta que se abría detrás de él le obligó á enderezarse, como si le hubiera movido un resorte.

Volvióse bruscamente y llevó la mano á su cintura donde su navaja permanecía inactiva desde la víspera. Pero antes aún de que hubiese podido tocar el mango cayó su mano sin fuerza, mientras que sus ojos, atrocemente dilatados, se fijaban con expresión de horror y de espanto en la persona que acababa de entrar en la habitación del marqués Trogoff.

Era una mujer, vestida con traje de baile.

Aquel primer rayo de sol que Enrique de Corpo-

Santo viera jugar un momento antes en el amplio cristal de la ventana heríala de lleno, inundando de luz su rostro, verdaderamente hermoso, y que, no obstante su beldad, producía en el conde el efecto aterrador de una cabeza de Medusa.

Con instintivo movimiento de retroceso deslizóse hasta pegarse al mueble que acababa de violar, como si pretendiera incorporarse á él. Quiso hablar, y sus labios se movieron para formular las palabras, pero no llegaron á producir sonido alguno. Había en los músculos de su cara contracciones y muecas espantosas, como las que se observan en los momentos de agudas crisis, en la fisonomía de los locos furiosos. El conjunto en fin de la expresión y de la actitud demostraban palmariamente que aquel hombre, acostumbrado á burlarse de los mayores peligros, hallábase en aquellos momentos bajo el imperio de un terror invencible.

En cambio la mujer que acababa de entrar lo contemplaba con asombro, detenida junta á la puerta que acababa de darle paso, y sin pronunciar una sola palabra.

Tras esfuerzos inauditos, el conde logró al fin despejar la lengua; pero fué para pronunciar una frase que tenía algo de conjuro incoherente, como si el miedo, un miedo superior é irrazonado no le permitiese la libre coordinación de las ideas.

— ¡Tú!... ¡Tú otra vez, maldita argelina!... — dijo con voz hueca. — Estoy en tu casa... Sí, ya sé que estoy en tu casa... Vienes á reprocharme mi acción, á quitarme de nuevo el dinero del hijo legítimo... Esta vez... ¡ah, no, esta vez no puedo batirme contigo, rabiosa, rabiosa!

Hablando de este modo procuraba ocultarse, poseído de pánico insuperable, y echaba espuma por la boca, como si fuera víctima de la hidrofobia.

Si la difunta Malaquea hubiese podido verlo en aquel estado, habríase considerado suficientemente vengada. Pero la mujer que estaba allí no era Malaquea, aunque por ella la tomara Enrique. Era el espectro de lady Macbeth que llegaba á ofrecerle de nuevo la lucha; pero el recuerdo agudo de la mordedura que hubo de darle la agonizante hacíale cobarde. Por eso rehusaba el combate.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

VIII

EN EL QUE EL COLLAR SANGRA

Dejamos la compañía de la vizcondesa de Aubinesco en el momento en que, después de haber obtenido algunas semi-confidencias del camarero Francisco, habíase decidido á abandonar el gabinete Pompadour, del restaurant Baratte.

Pocos momentos antes, y temeroso de que aquellas personas, que lo conocían, pudiesen verlo, había desfilado el conde de Corpo-Santo después de oír cómo la vizcondesa suplicaba á las señoritas de Kerbiroet que la acompañasen para descansar en su casa y pasar en su compañía un día más aún. ¿Cómo podían rehusar las dos hermanas oferta tan cariñosa y tan razonable, puesto que en el hotel de ellas no había nadie? Corpo-Santo tomó pues el coche completamente persuadido de que la invitación de la de Aubinesco sería aceptada.

Y sucedió todo lo contrario. La hermana de Edmée hubo de contestar en los siguientes términos:

— No sabe usted, señora, cuánto agradecemos su invitación; pero somos tan apegadas á todo lo de casa que no nos sería posible dormir en camas diferentes de las nuestras. Además, la molestia para usted... no, señora, muchas gracias.

La vizcondesa no replicó nada por el momento, pro-